



llaman amor patrio; y de la estabilidad de los hogares traen su origen las sociedades civiles.

Cuando Adam al ver á la compañera que Dios le habia formado, exclamó: *Esta es hueso de mis huesos y carne de mi carne: se llamará como el hombre, porque del hombre fué sacada, y el hombre dejará á su padre y á su madre y se unirá á la mujer, como si los dos no formasen más que una sola carne*, quedó puesta la primera piedra del edificio social, que ha durado al través de todos los siglos y revoluciones, y que puso la sociedad doméstica por base de las demás sociedades, de modo que estas debiesen prosperar ó desmayar segun aquella fuese respetada ó se relajase.

Una autoridad establecida en aquellas sociedades, es un hecho natural, más bien que una necesidad. El padre gobierna la numerosa prole, sin magistrado ni ejecutores, no más que por la fuerza de la conciencia, del respeto, de la gratitud y del convencimiento. Creyendo en Dios, lo sirven en el amor al prójimo: la fidelidad conyugal abre el campo á las inefables dulzuras del matrimonio y á sus consiguientes afectos; vivo es el amor de familia, principalmente en las madres, y vivas son las amistades cuanto más estrecha sus vínculos la necesidad. El amor á la familia es anejo al de la propiedad, y al de esta el del país; y el amor doméstico se extiende de este modo á toda la tribu.

La idea de un poder hereditario, absoluto, sobre vidas y haciendas, no podia caber en la mente de aquellos hombres mientras duró el gobierno patriarcal. Ni aun en el último período de este, cuando la asociacion se ligó por un pacto ó por funciones confiadas á un hombre solo, ó á unos pocos, era conocida la autoridad hereditaria. Fórmase una partida de cazadores para verificar una expedicion, y necesitando uno que los dirija, eligen al más diestro y lo obedecen, porque así lo creen conveniente, refiriéndose tambien en sus disensiones á la decision del que reputan por más sábio y honrado. A este juez, á este caudillo, dejarán acaso por gratitud la autoridad mientras viva; pero no el derecho de trasmitirla por herencia. La fuerza de los conquistadores, los vi-

cios de los vencidos, las pasiones, la educacion y un supuesto derecho divino, dieron señores á la raza humana en los siglos sucesivos; pero la Providencia colocó la felicidad de aquella más alta que el influjo de las contingencias, pudiendo el pobre ser feliz, y libre el esclavo entre sus cadenas, y cada uno dirigirse, cualquiera que sea el orden de cosas, al perfeccionamiento individual y comun. Entonces fué cuando la autoridad patriarcal se reprodujo en la metropolina, pasando una ciudad á ser cabeza de otras muchas, así como un padre habia sido cabeza de muchas familias.

Creyeron algunos que Dios habia establecido la servidumbre, cuando Noé, maldiciendo á Canaan, le dijo: *Tu serás esclavo de Jafet*. Pero aquí se habla de una dependencia de dominio, no de una inferioridad de condicion, como era entendida por los antiguos la esclavitud. Este horrible abuso de la fuerza no pudo nacer sino de la arrogancia de los conquistadores, que convirtiendo en derecho la victoria, se creyeron autorizados para exterminar á los vencidos, ó por lo ménos para *conservarlos* para su propia utilidad.

¡Tan sencillos fueron los principios políticos con que se gobernaba la sociedad humana, reunida aún en las llanuras del Senaar! Habiéndose luego multiplicado prodigiosamente, pensó en establecer una centralizacion social que encaminase á un propósito comun los esfuerzos de todas las tribus; pero ya el egoismo levantó la cabeza: la torre que debia servir para la union, se convirtió en foco de confusion; los pueblos se dividieron, y Dios puso entre ellos una nueva barrera con la variedad de las lenguas.

Los industrioses descendientes de Cam poblaron la Siria, la Arabia, algunas comarcas entre el Eufrates y el Tigris, y por el istmo de Suez penetraron en Africa y en las islas de los mares del Sur. Estos conocieron la industria, la ciencia y la civilizacion en un grado sublime; pero su inmensa depravacion moral é intelectual los arrastró á una precipitada decadencia.

La raza de Sem permaneció en el Asia entre el Eufrates y el Océano Indico, extendién-



dose desde allí á una parte de la Asiria y Arabia al Occidente de aquel rio; luego, andando el tiempo, entró en América por el mismo camino por donde entran todos los años los chuktos que van á pelear con los americanos de la costa del Noroeste. Los semitas, que aparecen desde remotísimos tiempos más instruidos, conservaron las tradiciones de los patriarcas, tanto respecto de la ciencia humana como con relacion á los dogmas religiosos.

Algo más ruda, pero ménos corrompida la descendencia de Jafet, que pudo participar de las ventajas de los pueblos que se habian elevado rápidamente á la civilizacion, se dirigió hácia el N., á las islas del Mediterráneo y á Europa, extendiéndose considerablemente y penetrando hasta las tiendas de sus hermanos (1).

Mas del mismo modo que la materia al principio fermentó en continua lucha hasta conquistar el actual reposo, así los hombres fueron emigrando de region en region, antes de establecerse; y en aquel tránsito se mezclaron y confundieron, de manera que no siempre la Historia tiene á mano recursos para distinguirlos. Esto lo conseguirá tanto mejor, cuanto más se vaya aclarando la historia del Asia antigua, jeroglífico del cual hasta el presente son muy pocos los rasgos que han llegado á dilucidarse.

Si en tanto queremos aplicar á la Historia las indagaciones lingüistas de que ya hemos hablado, veremos descender, partiendo de la Mesopotamia y de las cordilleras del Himalaya, de los Altais y los Urales, la raza blanca

(1) Acerca de las primeras emigraciones, es obra maestra la de J. de Gorres, *Die Volkertavel des Pentateuch: die Japhetiden und ihr Auszug aus Armenien*. Ratisbona, 1845. Aprovechando su inmensa doctrina filológica y reconociendo el mérito de otros respecto á las razas de Cam y de Seth, el gran pensador siguió la marcha de los descendientes de Jafet mediante la tradicion de todos los pueblos. Ojalá hubieran sido más largos los instantes que de aquellos elocuentes labios pude oír la explicacion de su sistema, y ver aquella anciana y serena frente, de la que el mismo Napoleon temblaba, animarse al recordar las emigraciones, en las que veia un designio de providencia y misericordia, un necesario aglomeramiento; y ¡ay de los que pretenden descomponerlo por intereses puramente políticos y materiales!

por dos direcciones al Occidente, y la amarilla al Levante, subdividiéndose aquella en las regiones del SO., del O. y del N., y la otra en las regiones del E., del NE. y del SE.

Los blancos de la region del SO. fueron llamados *indo-europeos*, inmensa estirpe extendida desde el mar de la India al Atlántico, desde Ceilán á Irlanda. Una parte de esta pobló la India, dando origen á los modernos bengaleses, siks, maratás, malabares, tamulos, telingos, mogoles ó indo-turcos, zingros, cingaleses, y á los habitantes de las Maldivas; en tanto que otra parte de la misma ocupó la Persia, de donde proceden los parsos y partos antiguos, y los modernos güebros, persas, curdos, bucareses, afganes, los beluscos, limítrofes suyos por la parte de la India, y los osetas del Cáucaso (1). Desde remotísimos tiempos la India se nos presenta dividida en Iran y Turan, esto es, país de la llanura y del monte, y este se halla ocupado por la estirpe indo-persa que se denomina de los sacis ó escitas, los cuales se difundieron ampliamente, en particular con la rama de los celtas ó cimbrios.

Desde los Altais al Cáucaso se prolongaron aquellas estirpes que podremos denominar *Caucásicas*, de las cuales la más poderosa es la turca, con sus variaciones de uigueros, turcomanos, usbekos, selyúcidas y otomanos; despues sigue la raza Armenia entre el Eufrates y el Caspio, y entre este y el mar Negro la georgiana.

En la opuesta pendiente del Himalaya, al frente de toda la estirpe amarilla, ó sea indochina, está la familia *de la China*, á cuyo redor se agrupan los tibetinos, birmanes, peguanos, siameses y anamitas; y en las playas del mar amarillo los coreanos y los industriosos japoneses.

Al Occidente del Asia, entre el Eufrates, el mar Rojo, el Golfo Pérsico y el Mediterráneo, se estableció la estirpe *semitica ó caldea*, dividida ya en las cuatro ramas de los asirios, á quienes pertenecian los pastores de la Caldea, los guer-

(1) Adelung, *Mithridates*, Balbi; *Atlas ethnográfico*; Klaproth, *Asia poliglota*, pág. 42; Eichhoff, *Parallele des Langues de l'Europe et de l'Inde*, Paris, 1836.



ros de Babilonia y de Ninive, los medos y los sirios; de los hebreos con los cananeos, fenicios y cartagineses; de los árabes y de los abisinios.

Por el Oriente de Asia andan errantes los *tártaros*, divididos en las dos familias de los mogoles, terror de Asia y Europa, y de los tungusios, de los cuales unos son nómadas y están también bajo el dominio de Rusia, y los otros son dueños de la China con la denominación de manchús.

Entre los hielos de NE. se halla establecido el grupo siberiano, el cual se divide en samoyedos, que habitan las costas del mar Glacial, coriecos, geniseos, kamschadalos y curilianos, cuyas tribus ocupan la última extremidad oriental de nuestro globo.

La Europa, y especialmente las playas del Mediterráneo, son la tierra que la Providencia destinó con preferencia para desarrollar los gérmenes de la civilización. Su suelo es tan propicio para la agricultura, como poco á propósito para la caza y la vida pastoril; y su raza es la más dispuesta para el desarrollo intelectual. En Asia se constituyeron las sociedades; pero sólo en nuestras regiones se elevaron á la libertad doméstica y política, y al conocimiento de los derechos.

Del Asia vinieron las invenciones, pero en nuestro suelo recibieron el mayor incremento; aquí llegaron las artes á una insuperable altura; aquí la fuerza de creación se dió la mano con la crítica, y la imaginación se hermanó con la filosofía; y si allí hubo grandes conquistadores, solamente aquí florecieron los insignes capitanes, que organizaron el arte de la guerra. Los iberos, reputados como pueblos algo diversos de la raza india, y con más afinidad con la semítica, habitaron desde antiquísimos tiempos la Península más occidental, llegando á ella acaso por mar desde Italia, y á Italia desde la Iberia Asiática (1), y dando origen á los turdetanos, lusitanos y cántabros españoles; á los aquitanos de la Gália, á los ligurios de Italia y á los vascos. El idioma de estos, que hasta ahora se consideraba como de familia dife-

(1) Hoffmann, *Los iberos en Occidente y Oriente*, Leipzig, 1838.

rente, se reduce también á la clase de los indoeuropeos, y según Edwards, es análogo al celta. Esto tiende á desvanecer la ilusoria diferencia cuanto es posible entre aquellas remotísimas tinieblas; y en tal caso, puede decirse que los iberos pertenecen también á la gran familia céltica, que quizá es la misma que la scita, y que con el nombre de galos y cimbrios se estableció en la Gália. Allí los primeros dieron origen á los ecuos, secuanos y arvernos, y se difundieron por Italia con la denominación de umbrios, y en Bretaña con la de galeses; mientras que los cimbrios, con los nombres de boyos, belgas, armóricos y bretones, arrojaban hacia el Septentrion á los primitivos moradores; hasta que, habiendo sido subyugados, no sobrevivieron más que en los galeses de la Escocia é Irlanda, y en los bretones del país de Gales y de la Bretaña francesa. Ciertamente es que los nombres de iberos, ligurios y otros semejantes figuran en países remotísimos, hasta en la Hibernia por una parte, y entre los ligurios del mar Negro por otra, donde los coloca Scyllace; pero deben tomarse como nombres genéricos, distinguiéndose luego en ligurio-iberos, ligurio-itálicos, y así á este tenor; porque la llegada de otros pueblos los empujaba cada vez más hacia el Occidente, mientras que en las islas se confundían todos en uno.

En la Europa meridional, entre los Alpes y el Egeo, el Mediterráneo y el mar Negro, y en el litoral del Asia Menor, se estableció una población india, conocida con el nombre de *Traco-Pelásgica ó Romana*. Parte de esta última, pasando el Tauro, ocupó en el Asia Menor la Frigia, la Lidia y la Troade, y habiendo atravesado el Bósforo, se fijó en la Tracia; mientras la más antigua, penetrando en la Tesalia, se establecía en la Grecia y el Peloponeso con el nombre de pelásgos ó helenos, y posteriormente con los eólios, jónios, dórios y aqueos, extendiéndose también por las islas y el continente de Italia, donde ya otros de la misma familia habían llevado la civilización, llamándose oscos, toscos y latinos, y reuniéndose todos posteriormente bajo los estandartes y el nombre de Roma.

Los *indo-persas*, que siguieron á los cel-



tas, entraron en Europa por el Cáucaso; y caminando contra la corriente del Danubio, parte ocuparon el centro de la Germania, formando las tribus guerreras de los teutones, suevos, francos y alemanes; parte, costeadando el Elba, dieron origen á las de los sajones, frisones, longobardos y anglos; y parte, siguiendo el curso del Oder y las costas de Báltico, tuvieron por descendientes á los escandinavos y á los godos.

También es de origen indio la familia *eslava*, que al parecer entró en Europa poco después que la germánica, ocupando palmo á palmo los terrenos que esta había dejado desiertos, hasta que se situó en la vasta llanura que se extiende desde los montes Carpacios hasta los Poyas, y desde el Báltico al mar Negro. Viéndose luego vencida y derrotada, se replegó hacia Oriente con las tribus de los sármatas, roxolanos, zecos, venedos, pruzcos, y actualmente se halla dividida en tres principales ramificaciones, que son los rusos é ilirios; los polacos, bohemios y vendos, y por último, los letones y lituanos.

Extraña á la India, y pariente de los pueblos del NO. de Asia, es al parecer la estirpe *urálica*, empujada por la eslava hacia el Septentrion, donde desembocó en la Edad Media con el nombre de hunnos y ugos, y que ahora se divide en las ramas finesa, que habita la Estonia y la Laponia; madgiar ó húngara, establecida en la extremidad de la Alemania; chermisa, en las riberas del Volga, y permiana, cerca de los montes Urales.

A la civilización de los indios y caldeos es también análoga la de los egipcios, que ahora sobrevive en los coftos; los abisinios han adoptado un dialecto árabe; y la familia berberisca reúne en su seno los restos de los antiguos moros, númidas, Cireneos y cartagineses. Tan poco conocida es hasta el presente la Africa central, que no es posible determinar sus familias, ni seguir el curso de sus vicisitudes. En

la Oriental, á lo largo del mar Indio, desde las fuentes del Nilo al cabo de Sofala, conocemos dos familias: la de los *galas*, que actualmente dominan la Abisinia, y la de los *motapas*, que habitan las costas del Zanguebar, de Mozambique y de Monomotapa. También la Meridional comprende otras dos familias; la de los *cafres* y la de los *hotentotes*.

Dos distintas razas ocupan la Oceanía: la *melanesia*, casi negra, con cabellos crespos, y la *polinesia*, morena con facciones indomogolas, y con cabellos lisos ó rizados. A la primera pertenecen también los pueblos de Madagascar, así como los cafres y hotentotes, y estas mismas razas se han mezclado profusamente en el archipiélago Indo-Chino.

Los indoeuropeos dominan asimismo el gran continente de América, exterminando cada vez más y más á los indígenas y conaturalizando negros; ignominiosa y acaso incurable plaga de la libertad de aquel país. Pero entre las razas indígenas, las de la América del Norte y Méjico representan el tipo indio, que prosigue subsistiendo en el Perú, en tanto que el resto de la América Meridional tiene naciones más conformes con la raza mogola, por el color, las facciones y la oblicuidad de los ojos.

Esta es la presunta filiación de los pueblos, cuya vida nos preparamos á bosquejar, acompañándolos en su engrandecimiento y en su marcha por los senderos de la Providencia. Hemos creído deber nuestro insistir sobre principios que generalmente descuidan los historiadores, y hemos dicho ya el motivo que nos ha impulsado á ello. Asimismo hemos aducido razones para consolidar humanamente los dogmas de un orden más sublime. A quien no le parezcan bastante convincentes, recordaremos que, según refieren los antiquísimos libros de los parsos, habiendo interrogado el sábio Zoroastro á la divinidad acerca del origen y fin de las cosas, recibió por respuesta: *Practica el bien, y conquista la inmortalidad.*